
La salvaje lujuriosa*

Roger Bartra

En cierta forma, la colonización de América fue también un gran esfuerzo de la teología medieval por recuperar los espacios que la modernidad le iba arrebatando; y, al mismo tiempo, el reconocimiento de las nuevas tierras y culturas americanas fue, para los europeos, la gran señal propiciadora de la época moderna. Colón creía con fanatismo medieval que su empresa estaba íntimamente ligada a la expansión universal del cristianismo, y al escribir sobre los hombres americanos tenía en mente las preguntas que se hacían sus contemporáneos: “En estas islas hasta aquí no he encontrado hombres monstruosos, como muchos pensaban, más antes es gente de muy lindo acatamiento...”. El mito del hombre salvaje se resquebrajaba ante la realidad de los salvajes reales de América: no eran peludos, eran inteligentes, eran hermosos. Hay que advertir, no obstante, que las imágenes que nos ha transmitido Colón son contradictorias, pues en sus descripciones también cabe la figura de un salvaje que iniciará una larga y rica tradición mítica: el caribe caníbal Calibán.

Dice Colón: “Así que monstruos no he hallado ni noticia, salvo en una isla que es Carib[...]”. Los caribes son feroces antropófagos, aunque “no son más disformes que los otros, salvo que tienen en costumbre traer los cabellos largos como mujeres”. A pesar de toda la imaginación medieval que los colonizadores de América traían en sus cabezas —pobladas de paraísos perdidos, sirenas, amazonas, gigantes—, la realidad cotidiana de su convivencia con los hombres y las mujeres del Nuevo Mundo se iba imponiendo. La aventura de un gentilhomme de Savona ocurrida en el Caribe durante el segundo viaje de Colón es muy significativa:

* Tomado del libro *El salvaje en el espejo* del mismo autor, coedición de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM y ERA, México, 1992

[...] habiendo capturado una muy bella mujer caribe, que el dicho Almirante me donó, y que —habiéndola llevado a mi cabina y estando desnuda según su costumbre— me inspiró el deseo de satisfacer mi placer. Quise ejecutar mis deseos pero ella no aceptó y me arañó de tal forma con sus uñas que hubiera preferido no haber nunca comenzado. Pero al ver esto (para contarte todo hasta el fin) tomé una cuerda y le propiné tan buena paliza que daba unos alaridos inauditos, que no lo podrían creer tus oídos. Finalmente llegamos a tal acuerdo que te puedo decir que ella parecía haber sido criada en una escuela de putas.¹

La salvaje, en el fondo, no era más que una mujer lujuriosa: había que saber tratarla con la violencia debida —como dueño y como macho— para descubrir en su corazón las humanas dulzuras del amor profano. El monstruo del Caribe se derretía en los brazos del conquistador.

¹ M. de Cuneo, "Carta a Annari del 28 de octubre de 1495", *Raccolta colombiana*, III, t. 2, pp. 95-107 cit. por T. Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, pp. 5354.